

JOSE ANTONIO NORIEGA  
Psicólogo Clínico  
Centro Tanesque-México

EL PROBLEMA DE LOS INADAPTADOS

# Mi hijo, ¿está de psiquiatra?

*Escribir sobre Inadaptación Escolar Adolescente representa, sin duda, una tarea difícil.*

*Explorar un fenómeno de esta naturaleza ha sido tarea de Maestros, pedagogos, psicoanalistas, epistemólogos, psicólogos y toda clase de legos que a través del tiempo han reincidido en abandonar este campo como poco apto para su labor profesional, por ser «demasiado restringido» para los clínicos y «muy amplio» para los pedagogos avocados al «Desarrollo Normal»; pero nadie, que haya tenido que ver con Adolescentes, desconoce la angustia que representa no tener claras las razones por las que el joven no aprende, fracasa en la escuela y pospone actividades si son escolares.*

**«Mi hijo no es un retrasado mental»**

No todo el mundo, naturalmente, es capaz de formular la frase. La experiencia personal en familia garantiza todo lo contrario. Pero para el psicólogo clínico es amenazante la idea de que todos los principios de curso, su paciente adolescente tenga que estrenar quizá una nueva escuela o, todavía más, la familia siga practicando la engorrosa tarea de tocar puertas, esperando dar una buena impresión convenciendo desde conserjes hasta directores, de que su hijo no es un Retrasado Mental. Cuando el clínico escucha

a los padres dudando acerca de la calidad de la psicoterapia porque no responde a las demandas escolares; después de un temblor casi imperceptible y dudas severas acerca de la posibilidad de una lesión neurológica y la capacidad intelectual de su paciente, que indirectamente implican la incertidumbre sobre su diagnóstico inicial, el terapeuta acude al psicólogo solicitando «pruebas» y esperando que en el «laboratorio psicométrico» se encuentre algo que tranquilice a la escuela, los padres y la duda personal.

**«Entonces, ¿por qué va mal?»**

Ahora bien, si el psicólogo posee la experiencia adecuada, probablemente disponga de dos o tres indicadores, que le permitan descartar la posibilidad de un problema neurológico y en muchos casos así sucede; pero la decepción que genera en los padres escuchar que su hijo posee un «coeficiente intelectual normal, brillante o superior», y que las pruebas «no arrojan datos significativos de lesión cerebral» es una decepción inenarrable que promueve una pregunta consecuente: «entonces, ¿por qué va mal en la escuela? ¿es flojo o tiene problemas de concentración?».

La respuesta de algunos psicólogos y neurólogos, no ha contribuido suficientemente a esclarecer la duda persistente, acerca de por qué el adolescente no estudia, o no aprende.

Así las cosas, cada personaje hace intentos parciales de apoyar al joven en su andar por la escuela.

Desde expertos profesores hasta psiquiatras y neurólogos, procedentes de años de estudio en el extranjero, intentan resolver el dilema de la caja de Pandora.



Esto es otra aproximación a dicho intento.

Considero que la Inadaptación Escolar es un conjunto de toda clase de problemas emocionales, neurológicos, de aprendizaje y conducta, que hoy en día constituyen un síndrome que es preciso empezar a explicar, tratar y curar.

**¿Se trata simplemente de «flojera»?**

Los motivos de consulta más frecuentes, son descritos por los padres y maestros como problemas de atención y concentración: términos tan inútiles como «la flojera».

El adolescente etiquetado lleva consigo una visión aproximada de la que tienen los adultos que lo rodean. Ya sea que el foco de su problemática pueda ubicarse en la familia, en su cuerpo, en su mente, o en su entorno social amplio, la carga crítica que el Adolescente lleva consigo, excede sus posibilidades de adaptación activa a la realidad.

Lo anterior impide y/o paraliza temporal o definitivamente la metamorfosis que va desde el juego, hasta el trabajo adulto; de la adaptación pasiva de la fantasía, a la activa de la realidad; esto es, del pensamiento de fantasía (en el niño), al realista de la realidad en el adulto sano (M.A. Dupont).

**Su hijo, ¿está activo o pasivo ante la realidad?**

Un primer elemento para tomarse en cuenta en el diagnóstico de cualquier problema de fracaso escolar, es detectar hasta qué punto la evolución crítica del joven está rigidizada en uno de los dos componentes de la «pasividad-actividad».

La pasividad-actividad no representa solamente una polaridad conductual. Significa toda una forma de abordar o eludir y defenderse de la realidad tanto interna como externa. Pero, además del carácter defensivo de una u otra, lo que en otros momentos evolutivos es manifestación de formaciones psicopatológicas importantes, en el adolescente representa la posibilidad —la última— de elaborar los cambios que operan en todos sus sistemas vitales. Por ello nos proponemos profundizar en su sistema intelectual de contacto y control con y de la realidad. Se produce un cambio fundamental del pensamiento infantil de fantasía, donde el entorno es modificado a través del juego, al pensamiento realista de la realidad en el adulto, manifiesta en el trabajo.

Lo que existe entre ambos, durante la adolescencia, es un ir y venir de un polo a otro, adquiriendo con dicha ejercitación cada vez mayor capacidad de control y/o de la realidad externa, necesaria para la integración ulterior del joven al trabajo adulto. «De toda aquella actividad desmedida de juego intrusivo, el adolescente pasa en poco tiempo al secreto callado, tímido y culpigeno». En un instante, de la actividad a la pasividad. En la Inadaptación Escolar Adolescente uno de estos polos predomina abiertamente impidiendo la ejercitación del opuesto.

### Adolescentes instalados en la pasividad

Cuando el adolescente se instala en la pasividad, el educador puede observar un aburrimiento permanente, síntoma que conlleva un conflicto interno importante. Lo anterior puede influir en otros sistemas, (cuerpo-socialización con sus coetáneos-familia, etc.); pero, antes de profundizar en ello, es importante aclarar que el adolescente, inmerso en la «pasividad», ve privados de sentido los conocimientos que adquiere, en tanto no le reportan ninguna posibilidad de comprobación en su entorno real. Encerrado así en el fantaseo, el conocimiento es significativo sólo en la medida que entra en contacto con su fantasía infantil.

¿Entonces, qué hacer con toda aquella imaginación que invade su vida íntima impidiendo una socialización adecuada y, por tanto, una actividad productiva y gratificante? Así, poco a poco, el entorno se convierte en demasiado exigente y poco gratificante. Cada



vez más difuso, presiona al adolescente esperando de él una actividad productiva para la que está incapacitado porque no le reporta ningún beneficio personal; mientras él espera aplausos de los adultos cuando en la intimidad se propone algún cambio, la realidad le ofrece recompensa sólo cuando lo lleva a cabo: «con la intención no basta».

### Entrenarlo para la realidad

La imagen virtual en la que el joven ve reflejada toda su realidad, cuando la contempla desde su imaginación, preparándose para una nueva zambullida en el mundo objetal, de las personas y hechos reales es, para el mundo, en el mejor de los casos, inactividad o actividad sin sentido. Pero para el joven, debería significar el entrenamiento hacia la realidad. Cuando el adolescente pasa horas enteras filosofando y pensando acerca del pasado, anticipando el provenir, puede suceder que no exista una imagen lo suficientemente cálida y cercana que lo rescate para la realidad, para el mundo de la socialización con sus semejantes.

En esta situación, el padre, cuya tolerancia de la pasividad e impulso hacia la modificación por la productividad será el mejor catalizador del proceso de descentralización del Adolescente, indispensable para activar sus recursos y/oicos para el aprendizaje y la adaptación. Todo aquello que penetre por vía afectiva podrá ser transformado en acciones, impulsadas por, y en última instancia, dirigidas hacia el padre, representante y promotor del futuro para ser alcanzado con logros personales. Si el Adolescente no dispone de un padre accesible que le conduzca al realismo quedará preso en la pasivi-

dad y, su tendencia a consentirse y arrugarse ante las dificultades, seguramente reforzará una relación mutuamente compasiva con su madre que serán compañeros de dormitantes desventuras.

### Los «despreciados» por las escuelas

La otra cara de la moneda, está constantemente preocupando a los educadores; cuando uno se ve en la oscuridad, parado ante un grupo de adolescentes, armados con pintura en aerosol y dos o tres armas blancas sin registro, el terror experimentado es similar al de la impotencia ante catástrofes naturales.

Son aquellos adolescentes que no encuentran espacio para la quietud. Despreciados por las escuelas, debido a conductas disruptivas, no pasan las materias «por flojos», porque estudiar rompe con todas las reglas de su popularidad.

En el adolescente que se estanca en la actuación, las dificultades escolares más frecuentes serán las sanciones a conductas disruptivas. Se trata de jóvenes cuya actividad no reconoce límites: «dueños del mundo», pasarán por él sin darse cuenta de las señales que les invitan a la reflexión. «Acción sin pensar» es el lema.

### ¿Qué puede hacer el padre?

Nuevamente, el padre puede jugar aquí un rol fundamental en dos sentidos: el que se hace «cómplice», induciéndole o acompañándole a aventuras de todo tipo y a una actividad sin límites claros en su conducta, y el padre que, de repente, después de inducirle o acompañarle a lo que sea, se vuelve «juez exigente» para que cambie de conducta.

El sentirse «cómplice» es propio de aquellos padres que ven perdida su adolescencia y, ante la conducta de sus hijos, se apuntan con ellos, tolerando lo que sea y, al mismo tiempo, disculpándoles. Pero luego ven que todo aquello no es posible de verdad y se vuelven de repente «jueces» rígidos.

El padre ve perdida la propia adolescencia y opta por tratar de recuperarla volviéndose otro «cuate» de su hijo, lo cual sólo incrementa la ansiedad del hijo ante la ausencia de límites a su conducta. Es como si el padre fuese tan «cercano», que él pierde toda noción del porvenir: en el padre no existe nada a qué aspirar.

Y el hijo no encontrará un espacio sólido para el pensamiento. Sin tiempo apacible su estancia en la escuela puede convertirse en una secuencia desordenada de actuaciones sin límite, que sólo encontrará refugio en alguna actividad compulsiva, camino recto hacia las adicciones y «accidentes».

El padre ha sido para estos adolescentes un modelo tan raquítico como inalcanzable: raquítico cuando, vestido de mezclilla, pierde toda la distancia de veinte años de experiencia; inalcanzable, cuando exige al hijo toda la perfección de la que él mismo no fue capaz.

La rabia que este modelo provoca en el adolescente, podemos observarla en cualquier barda de la ciudad.

No existe mejor logotipo de esa relación ambivalente con el padre, que la pandilla delictuosa.

### ¿Qué puede hacer la madre?

Obviamente el rol de la madre de este joven es fundamental. Promoverá el estancamiento si ella, por las razones que sean, no dispone de tiempo para recibir confidencias de sus hijos adolescentes cuando ellos lo deseen y no sólo cuando ella entre en angustia porque la conducta del hijo se hace insoportable.

Otra actitud que favorece el estancamiento es aquella donde la madre focaliza la relación con su hijo adolescente en las conductas seductoras que impiden al joven desligarse de ella.

### Hijo de papá, hijo de mamá

Si la madre tiene una actitud posesiva, el chico adolescente tendrá una conducta psicopática: revivirá activamente lo vivido pasivamente en su vínculo con la madre y no será capaz de tomar decisiones propias.

En la niña sucede algo equivalente con respecto a la actitud seductora del padre.

Concluyendo, diremos que la calidad del vínculo del adolescente con cada uno de sus padres, repercute directamente en los polos de «actividad-pasividad» y el equilibrio roto es la principal manifestación de inadaptación escolar. Tanto aquel que no puede actuar en la adolescencia, como el que no logra dejar de hacerlo, tendrán dificultades de «concentración y atención» esto es, demasiada concentración y atención en el conflicto personal y, por ello, poca energía disponible para poner en marcha los mecanismos yoicos de adaptación.

### Actitud de hijo, actitud de alumno

Si bien la forma cómo sea asumido por el adolescente el rol de hijo de papá e hijo de mamá, repercute en su adaptación escolar, no es menos significativo el que desempeña como alumno.

El alumno responderá, por transferencia, ante los maestros como está acostumbrado en la relación con sus padres, constituyéndose, por ello, el maestro en vivo representante del padre o de la madre del adolescente; lo cual no depende tanto del sexo del maestro como del estilo de conducción y autoridad que asuma.

El maestro favorecerá procesos de Inadaptación Escolar en tanto promueva un extremo de la «pasividad-actividad» en sus alumnos. En una evolución semejante a la descrita para el sistema padres-hijos, la diada «maestro-alumno» inducirá la inadaptación pasiva cada vez que el maestro se presente como figura inalcanzable, ante la cual las posibilidades de identificación se ven limitadas. Estoy haciendo alusión al estilo de autoridad autocrática, donde el orden obsesivo se torna en opresor de la creatividad: maestros incapaces de vincularse —por temor casi siempre— con los adolescentes, establecen la interacción a distancia tan grande, que el alumno desarrollará un rendimiento académico deficiente como defensa pasivo-agresiva, o podrá convertirse en saboteador constante de la actividad académica rompiendo todos y cada uno de los límites.

La elección de una de ellas dependerá, en gran parte, de la personalidad del alumno; pero ambas son acciones de control ante dicha situación. Con ello hago hincapié en la hipótesis central de este trabajo:

### Hijos que «se inhiben» hijos que «se rebelan»

Fallar en la escuela representa un proceso activo, en respuesta al conflicto adolescente; ya sea que éste se manifieste en la preocupación excesiva por el mundo interno (pasividad) o la despreocupación absoluta por él (actuación). Sin embargo, cada uno de los dos polos expresa un conflicto adolescente exacerbado: proyectado o introyectado, pero indicador de un desarrollo incompleto o desviado.

La «elección» de uno de los extre-

mos, dependerá también de los elementos estresores a los que el adolescente esté sometido. Cuando en alguno de sus sistemas vitales experimenta tensión aguda, la sintomatología puede expresarse en sistemas distintos del directamente afectado: así, cuando existe para él una tensión aguda en el núcleo familiar, como la separación de los padres o el fallecimiento de algún miembro de la familia, la respuesta sintomática puede operar en la socialización, corporalizarse o escolarizarse.

Sin embargo, aunque obvia la relación entre los sistemas mencionados, su exploración no es tan sencilla:

Es difícil prever cómo, en qué sistema va a repercutir una tensión aguda. Pero la experiencia señala algunos «indicadores»: siguiendo la analogía del padre, como espejo en la conducta de su hijo, podemos suponer reacciones en cadena donde cierta conducta o actitud del padre puede verse reflejada, casi sin distorsiones, en la conducta de su hijo adolescente. Una segunda situación es la del espejo por cuya forma la imagen es la misma, pero invertida. Hablo de los casos en los que la identidad del joven está basada en lo que el padre no es. La diferencia radical y el enfrentamiento constante son el paradigma de la identidad.

Ambas posiciones se combinan a lo largo de la adolescencia y estructuran la identidad; el joven tendrá aspectos que lo identifiquen como hijo de sus padres y otros distintos —incluso opuestos— con los que generalmente los padres están en un desacuerdo tan franco como superficial.

Así, la Inadaptación Escolar Adolescente se presenta como un fenómeno mucho más amplio y significativo que el simple fracaso académico.

¿Cuál es el alumno más adaptado?: ¿aquel que responde con los dioses que sus padres y maestros esperan de él, sin poder nunca estructurar una identidad propia distinta a la del «sometido», o aquel que, por el contrario, afina su «seguridad» en suspender, para ser diferente o igual a alguno de sus padres?

En ambos casos, la inadaptación es patente; aunque, durante décadas, escolarmente, la preocupación se ha focalizado en el que «se rebela, suspendiendo», descuidando al «pasivo-estudioso». Es responsabilidad del educador el tener acceso a los medios que le permitan ver los dos polos de las desviaciones del desarrollo adolescente, para dejar de mandar al psicólogo a los más sanos.